

Corresponsal de París
Hoja autógrafa diaria.

Servicio de la prensa española.

Redac. y Admón.
17 y 19 rue d'Anvers
París.

Año IV. ~ Núm. 508.

París 4 de Setiembre de 1888.

La situación.

El viaje misterioso - según la frase de moda - entre los oportunistas - Del general Boulanger, continúa ocupando, por muy inverosímil que parezca, la atención de una gran parte de la prensa de esta capital. Evidentemente estamos condenados a no separarnos de este obligado tema, si queremos reproducir con fidelidad las impresiones de la opinión pública.

Es realmente toda una historia esa del viaje del exministro de la guerra. Por lo visto los inventores de aquel celebre canard relativo a la ida del general Boulanger a Friedrichshagen para conferenciar con el canciller de Alemania no quisieron darse por vencidos, y continúan haciendo toda clase de esfuerzos para convencer a la opinión de la certitud de sus pretendidas afirmaciones.

Algunos, de buena fe, han caído en flagrante delito de candidez supina, y envían sendos telegramas de Alemania diciendo muy seriamente que ellos han visto de sus propios ojos al general, lo cual ha concluido por hacer titubear a los hombres más graves e incrédulos de la política. Por nuestra parte, sin pretender pasar por más lince, que los demás, seguimos creyendo que la noticia, sobre ser un canard soberanamente ridículo que honra poco el ingenio de sus inventores, representa un estado patológico especial en el estado de ciertos personajes; nos referimos, sobre todo, a esos que, alucinados por la miopía crónica que padecen, lanzan a los cuatro vientos, con la mejor buena fe del mundo, que ellos han visto con sus propios ojos descender al general Boulanger en Hambourg, lo cual es igual que decir ^{con su concepto} que lo han visto en realidad en camino para Friedrichshagen. ¡Cuánta ceguera!

Los periódicos de esta mañana publican de dicha capital diversos telegramas, todos ellos contradictorios. Sabed, además,

que el mismo gobierno ha sido oficialmente avisado por telegrama del paraje del ex-ministro de la guerra por la ciudad alemana; pero oficialmente la noticia no ha sido en ninguna forma confirmada. - Digamos, por último, que La Presse, periódico que puede considerarse como el órgano oficial del boulangismo, acaba de declarar de una manera categórica que el general Boulanger "no ha puesto los pies en Hamburgo, digan lo que quieran los fautores de noticias."

Por lo demás, poco importa todo esto para que la opinión divague y se especione dando a una cuestión tan sencilla y tan trivial el carácter y las proporciones de un suceso político de alta importancia. ¿Qué el general viaje o no viaje buscando guardar riguroso incógnito? Esto no tiene nada de particular ni de extraordinario. Libre es de hacerlo y en ello no vemos ni por asomo el más pequeño fundamento para que la opinión republicana de alarma, lanzándose a todas y a locas a los más inverosímiles conjeturas.

Después de todo - dejando a parte que, por el mismo camino de Hamburgo, se puede ir a Friedrichsruhe como se puede ir igualmente a Copenhague, a Estocolmo o a San Petersburgo - ¿quién nos asegura que efectivamente Mr. Boulanger ha salido de esta capital? No podría encontrarse sencillamente en los alrededores de París, reposándose de sus fatigas electorales y preparando en secreto con sus amigos más devotos la próxima y para ellos decisiva campaña de las elecciones generales futuras? ¿Quién sabe!

Una parte de la prensa republicana parisiense consagra hoy su editorial a recordar la fecha de la proclamación de la tercera República. Hemos observado, sin embargo, que la evocación del 4 de Setiembre de 1870 no ha inspirado este año grandes entusiasmos en la prensa de la situación, lo cual, en cierto modo, no ha dejado de sorprendernos. Luego, sin embargo, hemos creído caer en la cuenta. Las actuales divisiones que roen en su conjunto la gran masa del partido republicano puede muy bien ser la causa de esa especie de indiferente olvido con que una gran parte de los comunistas parisienses entien- de deber solemnizar la conmemoración de la citada fecha.

No hay que desconocerlo, sobre todo cuando los hechos se presentan tan descarnados y tan evidentes: el descontento se ha hecho bastante general; todo el mundo cree vivir en la interinidad, y todo el mundo espera que esa interinidad concluya de una vez para lanzarse expansionivamente en brazos de la solución definitiva. ¿Cuál será ella y cuándo vendrá? Esto es lo que se ignora.

Un nuevo Rocamboles. - Cualquiera que ayer noche, a la llegada del tren rápido del Havre, se hubiese encontrado por casualidad en la estación de Saint-Lazare, al ver descender de uno de los vagones, con gran séquito de acompañantes, a un joven elegante y de maneras distinguidas e imperiosas, que llevaba muy erguida la cabeza y reclamaba sus bagajes con voz de mando, con seguridad hubiese exclamado, víctima de la ficción más natural del mundo:

- He aquí a un gran señor que regresa de su excursión veraniega; y estos deben ser los amigos que vienen a esperarle, y sus domésticos.

Nada menos cierto que esto. El gran señor no era otro que Eugenio Allmayer, célebre estafa, ladrón y falsario que, durante tres años consecutivos, ha sido la pesadilla y el objeto constante de las pesquisas de la policía de Londres, de Bruselas, de Viena, de Bucharest, de Madrid y de París.

Al fin se le había cojido. Era verdaderamente un duelo a muerte el que se había establecido entre él y el servicio de seguridad. El subinspector Soudain, el único que se hallaba en condiciones de poder reconocer exactamente a este nuevo Rocamboles en todos sus disfraces, había recorrido vanamente la mayor parte de los grandes centros, en Francia, en Bélgica, en España, en Austria: en todas partes había estado a punto de alcanzar a nuestro hombre; pero siempre, por cuestión de horas, Allmayer había conseguido deslizarse, por decirlo así, de entre sus manos, tomaba el expreso, cambiaba de nombre y, en fin, dejaba al comisario con un palmo de narices.

Pero esta vez el subinspector Soudain, que seguía la pista de Allmayer desde hacía una porción de días, calculó bien las distancias y tomó a maravilla sus disposiciones. Cuando Allmayer fue cojido el domingo último en el Havre, poco se figuraba él estar tan cerca del peligro. Recostado tranquilamente al lado de una cortinana de boulevard en el fondo de una parrutela, paseábase con la mayor calma por uno de las magníficas avenidas de aquella villa, cuando repentinamente una mano vigorosa obligó a los caballos a detenerse, mientras que, a su vez, el subinspector Soudain le comunicaba muy cortésmente que quedaba desde aquel momento preso y a disposición de la autoridad.

La traida de Allmayer a París se ha hecho tomando infinitud de precauciones. No es extraño: tantas veces, como ha sido cojido - y lo ha sido en diferentes ocasiones desde que comenzó su existencia de aventuras - otras tantas, había logrado evadirse, burlando la vigilancia de los que le custodiaban o bien - y este es uno

De los rangos principales de su vida de fabulario - falsificando la firma del juez instructor de su proceso y transmitiendo por sí mismo su orden de libertad al director de la cárcel o a los agentes que le guardaban. - Una vez en París, se le ha destinado un calabozo celular doble, y tiene constantemente centinelas de vista, tal como se hace únicamente con los más grandes y más temidos criminales. A estas horas ha sufrido ya un interrogatorio ante el Procurador de la República, y del relato que publican los periódicos de esta mañana es realmente curioso entresacar la confesión de los muchos hechos llevados a cabo por Allmayer, de los cuales un hábil novelista podría sacar abundantemente el tema para escribir una interesantísima ^{casi} fantástica leyenda.

Una frase de Allmayer al Procurador de la República que le retratará con fidelidad a los ojos de nuestros lectores:

"Soy un gran criminal - decía al comparecer ayer noche ante el representante de la ley; hace tres años que robo y falsifico a destajo; me avergüenzo de ello por mi familia..., pero, créedme, señores Procurador, si en el momento del robo X... los jueces hubiesen querido entrar en conciliación conmigo, os aseguro que me habría abstenido de hacer ninguna otra víctima. En una palabra: era cuestión de entenderse."

Desposorios reales. - Telegrafiam de Berlín en fecha de ayer, que una edición del Monitor del Imperio anuncia oficialmente los desposorios (fiançailles) de la princesa Sofía, hermana del emperador, con el príncipe heredero de Grecia.

A medio día - dice el telegrama - el príncipe heredero de Grecia ha visitado al emperador y a la emperatriz en el palacio de Marmol. Los desposorios de ambos príncipes han sido anunciados a consecuencia de dicha visita.

La escuadra española en Toulon. - El baile ofrecido por la municipalidad a los oficiales de la escuadrilla española surta en Toulon ha sido fijado definitivamente para el próximo sábado día 8, en vista de las órdenes transmitidas por el gobierno español al almirante Carranza. La escuadra española, en efecto, debe aparejar el día 10 para ir a Génova a recoger al rey de Portugal y desde allí acompañarle a Barcelona.

Dicen los despachos de Toulon que, a pesar del poco tiempo de que se dispone para preparar la fiesta, ésta promete ser de las más brillantes. La orquesta se compondrá de 50 profesores, habiéndose repartido un millar de invitaciones.

Última hora.

(Londres, 4.) Mme Adeline Patti y su marido el tenor Nicolini han desembarcado en Plymouth procedentes de la América del Sur. Los ingresos totales de su campaña teatral en la República Argentina alcanzan - en 7 meses - la fabulosa suma de 4.250,000 francos.

(Bolsa: 30/84'05 = Suel: 22'30 = Panamá: 262'50 = N. España: 312'50)